

MORROS MESTRES, Bienvenido, (1998): *Las polémicas literarias en la España del siglo XVI: A propósito de Fernando de Herrera y Garcilaso de la Vega*. Barcelona: Quaderns Crema (Biblioteca General), 338 p.

En 1997 se celebró el cuarto centenario de la muerte del poeta sevillano Fernando de Herrera. Apasionado hombre de letras, se dedicó plenamente al estudio y a la creación. Su obsesión fue la perfección de su obra. No por menos conocido deja de ser revelador el hecho de que exigiera al impresor sevillano Alonso de la Barrera que en sus *Obras de Garcilaso de la Vega* con anotaciones —publicadas en 1580— las íes no llevasen punto arriba para así poderlo utilizar para marcar gráficamente, cuando fuese necesario, la presencia de una dialefa. La pasión de Herrera por lo que hace surge entre líneas de los comentarios eruditos de las *Anotaciones*. En ellos aflora su ira por el mal uso de la lengua, por los juicios de ignorantes que se precian de sabios o su defensa de la lengua como arte inteligente de sugerir.

Hombre apasionado, entregado por completo a su tarea creadora, crítica, historiadora, está además convencido de la eficacia de su labor. La lleva a cabo no sólo para conseguir la inmortalidad personal ansiada, sino como entrega al logro de la perfección de su lengua, a la que considera “grave, religiosa, honesta, alta, magnífica, suave, tierna, afectuosísima y llena de sentimiento”, y al canto de los hechos heroicos que daban gloria a su país. Sabe que su generación domina mejor el arte poética que la de Garcilaso, y él se siente partícipe también de esa evolución que dignifica la lengua equiparándola al latín. Dirá en las *Anotaciones*: “ya osamos navegar el anchísimo océano y descubrir los tesoros de que estuvieron ajenos nuestros padres y sin conocimiento alguno de ellos”. Su extremo rigor, su vivencia apasionada de sus logros y de los fallos ajenos, la conversión de la lengua en arma contra necios y en instrumento mimado en busca insaciable de la belleza, encierran a la vez su gran éxito y su gran fracaso.

Ni sus versos nos llegaron tal como los escribió —sólo la antología que él seleccionó y publicó en 1582 en *Algunas obras*— ni su gran obra crítica, las *Anotaciones*, recibió el aplauso unánime que su gran trabajo y su erudición podían esperar: las *Observaciones* del prete Jacopín le amargaron en vida; y aunque la *Respuesta* a su ataque aparezca como suya, no cabe aceptar que sea enteramente del poeta. Esta magna obra no tiene todavía una edición anotada, Bienvenido Morros pone además de manifiesto la dificultad de tamaña empresa.

El modélico grupo PASO publica en 1997 los ensayos que se presentaron en el *IV Encuentro Internacional sobre Poesía del Siglo de Oro* con el título *Las “Anotaciones” de Fernando de Herrera. Doce estudios*. Es la contribución más importante que se ha hecho recientemente al estudio de las *Anotaciones* junto con el libro que se reseña. Entre los estudios figura uno de Bienvenido Morros sobre “Las fuentes y su uso en las *Anotaciones* a Garcilaso”, en donde inicia los descubrimientos de fuentes que Herrera utiliza en su comentario a la obra de Garcilaso y el análisis de cómo las utiliza. Este es el objetivo del capítulo primero de su libro y su aportación más interesante. La erudición que el estudio muestra es extraordinaria, y los datos que aporta son indispensables para un análisis a fondo o para una edición de las *Anotaciones*. Antes, estudiosos como Pring-Mill, Ubaldo di Benedetto, Gary Brown, Lázaro Carreter, Juan F. Alcina o M^a José Vega habían ido señalando algunas fuentes utilizadas por el poeta sevillano, pero Bienvenido Morros enriquece considerablemente la nómina y subraya sobretodo el papel destacado de Lilio Gregorio Giraldo. Analiza con rigor el procedimiento con que Herrera mezcla las fuentes. Cómo él dice: “Herrera no emplea todo este material de la misma manera: unas veces lo traduce al pie de la letra, mientras que otras se aparta de él; en varias ocasiones menciona la fuente (o simplemente se refiere a un vago e indefinido “dicen algunos”), mientras que en las más la silencia”, p. 108; y él mismo subraya cómo el procedimiento era “práctica generalizada entre los humanistas” —lo mismo hará unos años después Luis Carrillo y Sotomator en su *Libro de la erudición poética*. Por tanto, la labor del estudioso que emprende la tarea de la búsqueda de fuentes es sumamente meritoria, aunque en este caso Bienvenido Morros en una página de su estudio se resta los méritos que se señala él mismo al comienzo de su obra: “La meta de llegar a reconocer esas voces no entraña gran dificultad, por cuanto Herrera suele citar al menos una vez a los autores que usa ampliamente con varios propósitos (y suele hacerlo guardando ciertas proporciones: así, cita en dieciséis ocasiones a Escalígero, cuando, en realidad, se aprovecha de él en más de cincuenta)”, p. 111. Bien es cierto que señala la excepción, el caso de Lilio Gregorio Giraldo, “a quien no nombra una sola vez, pero de quien se vale en incontables ocasiones”, y en cuyo hallazgo asienta en buena parte la originalidad de su estudio. Morros señala cómo Herrera convierte, al usar tantas y tan distintas fuentes, sus *Anotaciones* “en una especie de centón”. Y tal vez por contagio, el erudito ofrece al lector un riquísimo material en parecida forma. Se orienta perfectamente en la selva bibliográfica, consigue remontarse de modo admirable hacia las fuentes humanísticas de Herrera y hace una labor de síntesis indispensable para una lectura profunda de las *Anotaciones*, pero no logra imaginar un hilo de Ariadna para el lector.

Lo mismo ocurre con el conjunto de la obra, aunque en menor medida: es más labor de síntesis que de investigación original. Los otros capítulos muestran la sabiduría del estudioso, pero su

ensamblaje es puramente circunstancial. El título *Las polémicas literarias en la España del siglo XVI* corresponde en realidad al contenido de la segunda parte del capítulo segundo y a parte del capítulo tercero. La “cuestión textual” de las *Observaciones y Respuesta* podría haber figurado como apéndice, porque el ensayo acaba bruscamente con la árida discusión del *stemma* que Juan Montero propone para los manuscritos, muy alejada, por tanto, de lo que espera el lector ante la interesantísima parte primera y la promesa del título.

Si dice de Herrera que “en la definición del *soneto*, en principio, no elige un modelo básico para ampliarlo, sino que va yuxtaponiendo diversos textos”, p. 145, da la impresión de que lo mismo le ocurre a Bienvenido Morros en la “construcción” de la obra que ofrece al lector. Como el poeta sevillano, acumula información (*vid.* p. 195) y le falta limar un poco la aspereza del discurso erudito y el ensamblaje de al menos dos partes, que debieron tener un origen distinto. Tanto es así que el insólito “¡qué caramba!” de la p. 319 que supone en la reacción del Herrera de las *Anotaciones* al ataque del prete Jacopín es un alivio para el lector en medio de la “selva oscura” erudita.

El análisis de las polémicas literarias en Italia se ofrece de forma escueta, sintética, a guisa de prólogo al de las españolas, que son a su vez excusa para llegar al asunto de las *Anotaciones* y las *Observaciones* del prete Jacopín. Tal vez las críticas a Juan de Mena deberían enmarcarse en el contexto de la recepción en la Edad de Oro de la literatura del siglo xv. Ya el autor con tino habla de “minúsculas disputas” en el primer epígrafe de “las polémicas literarias”. Enlaza “esta actitud frente a Mena, a favor o en contra” con un “podría relacionarse” “con la polémica que se desató a mediados del siglo xvi entre los defensores de la métrica castellana y los partidarios de la italiana”, p. 232. Y a partir de este supuesto enlace, abre un apartado sobre las “trovas” italianas analizando la carta a la duquesa de Soma de Boscán. Le interesa más la obra en sí, su construcción, sus fuentes, que el análisis de la supuesta polémica, de la que no tiene más testimonios que la tan comentada obra de Castillejo “Contra los que dejan los metros castellanos y siguen los italianos”, que sigue desvinculada en su estudio de la composición “contra los encarecimientos de las coplas españolas que tratan de amores”, en donde Castillejo también se burla “de las trovas españolas”. No olvidemos además que las Obras completas de Castillejo se publican en 1573, fecha lejana ya de la de 1543, en que se editan conjuntamente las de Boscán y Garcilaso, y cuando había triunfado ya plenamente la poesía al itálico modo. Dos últimos apuntes, sobre la “cuestión de la lengua y de la literatura” y “ciceronianos contra erasmistas”, cierran sucintamente ese apartado.

Bienvenido Morros regresa luego al terreno que domina, la búsqueda de fuentes —su erudición humanística es innegable—, y se centra en la materia de la polémica —esa sí— en torno a las *Anotaciones*, las *Observaciones* del prete Jacopín y la *Respuesta*, con sus atribuciones. El comienzo del libro, con la aportación fundamental sobre fuentes de las *Anotaciones*, y esta última parte constituyen una unidad y la auténtica aportación de la investigación de Bienvenido Morros. Analiza los antecedentes de las *Observaciones*, el género: la carta satírica, y sus modelos, examina las hipótesis sobre el autor y la fecha, investiga el trasfondo de la polémica y las fuentes de información del prete Jacopín. Después hace lo mismo con la *Respuesta* —se inclina por verla como obra de Pacheco sobre borradores de Herrera—, mostrando siempre su profundo conocimiento de las fuentes humanísticas. Termina con el citado análisis de la cuestión textual de ambas obras, que expone perfectamente, y, desde su conocimiento del estudio ecdótico, propone una nueva filiación de los manuscritos. En suma, la obra de Bienvenido Morros es de obligada referencia para todo estudioso de las *Anotaciones* herrerianas y de la polémica que la obra suscitó.